

Retratos de ultramar. Historia y memoria de una inmigración francesa en México, 1889-1980

Verónica Zárate Toscano

Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México
VZarate@institutomora.edu.mx

Alejandro Pinet, *Retratos de ultramar. Historia y memoria de una inmigración francesa en México, 1889-1980*, México, ENAH, Ediciones Navarra, 2026, (El ojo del viajero), 304 pp., ils.

Imaginemos que estamos en Aix-les-Bains, población del departamento de Saboya, en la región Auvergne-Rhône-Alpes. Donde termina la Place des Thêrmes, e inicia la Rue des Bains encontramos un letrero en una esquina que dice "Hotel Brosin" y una flecha que indica la ruta a seguir. Al fondo, al bajar los ocho escalones, se llega a la planta baja de un edificio que tiene otros tres pisos y una azotea. Unas puertas de madera dan entrada al hotel y, junto, otras más pequeñas dan ingreso al restaurante. En la pared, una vitrina con el letrero de MENU, con los nombres de los platillos, nos ofrece un camino directo a las historias contadas en este libro. La Ruelle du Revêt tiene forma de L y desemboca, del otro lado, escalones arriba, en la D913 o rue Davat que lleva de nuevo a la famosa Place de Thêrmes donde se distinguen los vestigios romanos de las célebres Termas preferidas por la alta sociedad en la Belle Époque. Este es un espacio lleno de historia para la familia Pinet, donde trabajaban, paseaban, comían y simplemente vivían. El autor de este libro recorrió extasiado las calles y quedó atrapado entre los documentos y los libros



Esta obra está protegida bajo una Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial 4.0 Internacional

del Archivo y de la Biblioteca Municipal. Y lo mismo hizo en otras poblaciones saboyanas donde encontró huellas de sus antepasados.

Chambery, donde nació el abuelo Michel, fue el detonante de la investigación, pero fue necesario remontarse más en el tiempo. Alejandro nos explica que Jules, su bisabuelo, aprendió el oficio de cocinero en el Hotel Broisin, en Aix-les-Bains, propiedad de unos parientes suyos por vía materna: Jean-Louis Broisin y su esposa, Jeanne. Jules se casaría con la hija de los dueños, Clotilde, la que conoceremos como Mama Clo.

Hoy en día, la vida de estos personajes puede reconstruirse al mirar con otros ojos las fuentes tradicionales, escudriñándolas en busca de indicios y signos. Leer los documentos, notas de prensa, ver las fotografías, los carteles, etc. arroja luz sobre aspectos que la historia tradicional, enfocada a la política, la economía, etc., pasaron por alto. Pero con el surgimiento de corrientes historiográficas como la historia de la vida cotidiana, la historia de los sentimientos, la historia cultural, la fría demografía y hasta los *Lieux de Mémoire*, se ve el pasado con ideas distintas. Y, por si fuera poco, para suerte de nuestro autor, existía el tesoro de la documentación e información custodiada por distintos integrantes del clan Pinet. Con la persistencia, el olfato y la buena fortuna, Alejandro “caminó las fuentes” y, con ello, armó el libro que hoy presentamos.

Cuando nos preparábamos para ser historiadores, investigadores del pasado, algunos profesores nos repetían, hasta el cansancio, que la objetividad es fundamental para el desarrollo de nuestra disciplina y que la subjetividad es hasta desdeñable. La objetividad implicaba una sana lejanía con el objeto de estudio. Y añadían -erradamente desde mi punto de vista- que cualquier cercanía empaña los lentes de la investigación al dar un sesgo en la información recabada, sesgo que se vuelve aún mayor

al interpretarla. Pero se puede defender y justificar el derecho a esa familiaridad que no impide aplicar el rigor académico.

Y ese es el caso de Alejandro Pinet, que se ha sumergido en la historia familiar, para ir más allá de regodearse en sus glorias, o hacer una “versión canónica del pasado”, mítica, edificante que desdibuja la realidad. Lo que ha buscado, no solo con los documentos y entrevistas familiares, sino contrastándolos con otras fuentes y su trabajo de campo, ha sido entender sus circunstancias y por qué se insertaron en las corrientes migratorias que llevaron a tantos y tantos a cruzar la mar océano con destino al Nuevo Mundo. Amplia es la bibliografía, por ejemplo, sobre los españoles en México, los italianos en Argentina, los irlandeses en Nueva York, etc. En este caso, la atención se centra en la presencia de los franceses en México, lo que ha dado pie a múltiples publicaciones. Y este libro, con su giro familiar y su severidad erudita, es una importante contribución para ese campo de estudio, sobre todo en este año en que se conmemoran los 200 años de amistad México-Francia.

La cronología del libro de Alejandro bien podría formar parte de la historia reciente, con todos los desafíos que implica sumergirse en ella. Hilda Sabato se preguntaba, en un texto de hace casi veinte años, cómo y hasta qué punto el historiador puede controlar “sus pasiones presentes (políticas, ideológicas, culturales) que orientan sus preguntas a la hora de generar las respuestas, de producir resultados”.¹ Esa problemática ha rodeado las discusiones sobre la factibilidad de hacer historia reciente, y se han analizado problemas metodológicos, indisociables del estudio del pasado cercano, en busca de nuevas herramientas conceptuales y epistemológicas para abordarlo. Pinet enuncia su proceder, guiado por la recuperación de la rica memoria familiar, cuyos testimonios no son, en sí,

¹ Hilda Sabato, “Saberes y pasiones del historiador. Apuntes en primera persona” en Marina Franco y Florencia Levin (comps.), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires, Paidós, 2007, p. 231.

una historia, sino que han sido tamizados por el análisis y la crítica histórica, contextualizados y convertidos en representaciones del pasado.

En *Retratos de Ultramar*, el tono de la escritura, en primera persona, en el yo, le da una calidez que no se percibe en el mayestático estilo comúnmente usado en nuestros textos. La historia en primera persona no entra en conflicto con el pensamiento crítico. El conocimiento del historiador y sus pasiones, no le han impedido a Alejandro incorporar a sus antepasados en la memoria -o las memorias- familiares y en las de todos los interesados en el ayer. Y haciéndolo, se ha insertado en la corriente historiográfica originada por Pierre Nora, los *Lieux de Mémoire*, que estudia sobre todo aquello que está a punto de desaparecer de la memoria, para rescatarlo del olvido. En este caso, no se da atención a los nombres y fechas de personajes que han alimentado el calendario cívico. Más bien se centra en el calendario familiar de aquellos que movieron la cuchara al cocinar, atendieron a los huéspedes que llegaban a sus establecimientos o arrastraron la pluma para plasmar sus sentimientos en la poesía.

Aquellos que se casaron o no, tuvieron hijos o no, se quedaron en el viejo mundo o no, desfilan por las páginas de este fascinante libro, bellamente editado en un fino papel que permite apreciar las múltiples imágenes. Además, el libro se enriquece con apéndices que incluyen árboles genealógicos que nos permiten situar a los protagonistas.

También hay una selección del contenido de algunas cartas evitando las partes que “contienen problemas de carácter personal o familiar o pueden afectar la privacidad de los vivos”, según escribe el autor. Con esta afirmación queda claro que sigue vigente aquella frase que suele usarse en las familias: “en la casa no se habla de esto”, aunque tal vez en otras publicaciones se conozcan los secretos de familia que no están del todo perdidos. Es cierto que la legislación protege los datos sensibles

que son testados o censurados con insufribles rayas negras que, con la protección de la privacidad, despojan a los historiadores de información valiosa para sus investigaciones. Esa historia censurada entorpece la veracidad del testimonio en aras de la protección de datos sensibles. Los silencios también dan información ... pero ese es otro asunto.

Al leer el texto reseñado, llegan a las papilas gustativas los platillos savoyards. En el libro no se mencionan los que hoy en día se nos presentan como los más tradicionales de la región, pero en la época aquí reseñada no parecen haber tenido la fama que gozan actualmente. Afortunadamente, de forma directa o indirecta, algunos platillos sí han llegado hasta nosotros. Clotilde, la nieta mexicana, recopiló en un cuaderno algunas de las recetas de su abuelo Jules el cocinero. Entre ellas, resalta la "polenta", imprescindible, como el arroz café, en las mesas de su familia a ambos lados del océano. Este platillo tiene su origen en la antigua Roma y, con el paso del tiempo, se fue preparando al hervir granos de cebada, mijo, trigo e incluso castañas. Después del encuentro con el Nuevo Mundo, el maíz se convirtió en el ingrediente principal y así se consumía en el norte de Italia y en el sur de Francia, incluida, por supuesto, la Saboya. La receta que se conserva en la familia da un giro interesante al añadir queso Cotija, con lo que el platillo se mexicanizó; es decir, el componente americano regresó a sus orígenes, arropado por otros ingredientes y gustos, lo que dio lugar a un fenómeno de hibridación gastronómica.

Por su parte, Louis, hijo de Jules, farmacéutico y hermano de Michel, sí escribió un libro con un centenar de recetas, pero con mayor influencia italiana. Entre ellas no se incluyó la polenta; se centraron en hígado, ñoquis, risotto, etc. Otras recetas tal vez se transmitieron de olla en olla, de generación en generación, de boca a oreja, por vía oral y dan cuenta

de la riqueza culinaria que garantizó la supervivencia como cocineros de algunos integrantes de la familia.

No abundo en detalles, solo quiero que caigan en la provocación de leer el libro. Pero no puedo dejar de referirme a los antepasados de ultramar, y entre ellos me centraré en Madame Clotilde Broisin esposa de Jules Pinet, mejor conocida como Mama Clo. El autor caracteriza a su bisabuela como una dama de la Belle Époque, posando digna y elegante en los retratos, con la mirada en lontananza. Bien podría parecerse a algunas de nuestras abuelas o bisabuelas porfirianas o de fin de siglo. Recuerdo haber visto retratos y escenas en *Memorias de un Mexicano*, donde las damas de sociedad adornaban con plumas sus sombreros para asistir a los grandes eventos familiares, culturales, o simplemente para pasear con altivez por las calles. Mama Clo, según se ve en alguna de sus fotos, no utilizaba plumas, sino flores. Tal vez este hecho esté relacionado con aquella leyenda familiar que dice que no quiso acompañar a su marido, Jules, a un país donde había “indios emplumados”. Con su racismo y prejuicio racial, no podría aceptar que su hijo Michel se casara en México con Ángela, una afrodescendiente, con el paso del tiempo. Esta actitud podría contrastar con el interés existente por regiones lejanas y culturas extrañas, ese exotismo que estuvo de moda en Europa en esa época. Pero para un sector de las sociedades, el Nuevo Mundo era una tierra de oportunidades, que daba la posibilidad de salir de una precaria situación económica o de huir de conflictos políticos o familiares y de ser arropado -o no- por los paisanos y familiares que habían adelantado la travesía a territorios de ultramar.

Lo que no entraba en las leyendas que se conocían en parte de la familia, era que Mama Clo era una poetisa. Integrantes de la rama francesa de los Pinet conservaban fotocopias de manuscritos de sus poemas. Tanto *Les adieux de Lamartine et d’Elvire*, como *Haute-Combe*

exaltaban las glorias locales y otros más hablaban de tradiciones o sitios emblemáticos e incluso fueron publicados en una antología y en el periódico *L'Echo de Savoie*.

El más expresivo de sus textos, en prosa y no en verso, llamado "Pensées d'Autome: Souvenirs", firmado el 2 de noviembre de 1927, está centrado en el recuerdo por el día de difuntos, pero contiene unas líneas a las que podríamos leer de otra manera y se traducen como "Es el otoño, el derrumbe de la bella naturaleza que, sin embargo, guarda en su duelo una esperanza del retorno..." Cabe preguntarse si estaría añorando el regreso de Jules o recordando a algún otro difunto con gran nostalgia. Conocemos a varias mujeres contemporáneas suyas que escribían poesía y también la publicaban de este lado del Atlántico. Era un medio por el que las mujeres podían expresarse de alguna manera en un mundo restringido a otras cosas.

Una vez atravesado el Atlántico, podemos imaginar que la adaptación de los savoyards al espacio y a las costumbres mexicanas no fue tarea fácil. Y de ahí se explica, por ejemplo, en términos lingüísticos, lo que Alejandro relata como un recuerdo de su padre, René. Cuando los niños hacían travesuras, el abuelo Jules les decía: "Voy te dar un emplasto" que bien entendían como que recibirían una cachetada. Aquí alguna abuela diría "Te voy a dar un pescozón" pero para Jules era una adaptación de su idioma nativo a su idioma adoptivo.

Y así han llegado, si por mar, si por tierra, si por aire, tantos y tantos migrantes cuyos documentos y registros de ingreso se guardan celosamente en el Acervo Histórico Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Lo que me interesa es recomendarles ampliamente la lectura del libro de Alejandro Pinet para acercarse a las características y condiciones de unos migrantes franceses que se insertaron y se enraizaron en México,

pero que dejaron otras ramas en Saboya y zonas circundantes. Con su recuerdo han vuelto a pasar por el corazón de los Pinet y han entrado en los de los lectores para quienes terminarán siendo muy familiares Grand Pierre y, por supuesto, Mama Clo. Y, como todo buen libro, este deja la puerta abierta para pensar en temas a futuro, inspirados por la lectura de los *Retratos de Ultramar...*